

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL GENERAL MC CLELLAN CON MOTIVO DE LA INAUGURACION DEL
MONUMENTO FUNERARIO DE WEST POINT EL DIA 15 DE JUNIO DE 1864 (*).

Señores:

En todas las naciones hay la costumbre de consagrar ciertos días al recuerdo de las glorias ó de las desgracias; las primeras se celebran con fiestas; para las segundas se reserva el ayuno y la oracion: si hay triunfos para los vivos y laureles para los afortunados vencedores, tambien hay funerales y lágrimas para los bravos que cayeron en el campo de batalla. Hoy nos hemos reunido para cumplir con este triste deber.

En el templo de la poesía, en la tribuna de la antigüedad, solo resuena el estrépito de las armas; parece que son preferidas las acciones de guerra á las artes de la paz, y por eso han llegado hasta nosotros los nombres de los héroes y de las víctimas. Nuestro antiguo Testamento nos refiere las nobles acciones y la muerte heroica de los patriotas judíos, en tanto que el Evangelio de nuestro divino Salvador nos describe con frecuencia numerosos rasgos de los guerreros para glorificar nuestra santa religion. Merced á estas narraciones fúnebres, se ha trasmitido hasta nosotros, á través de las edades, la gloria de aquellos cuya muerte fué honrada hace muchos siglos, y aunque no conozcamos el nombre de todos los bravos que combatieron en

los campos de Marathon, en las Termópilas y en las llanuras de Palestina, no hemos olvidado sus ejemplos. Mientras el hombre esté animado de nobles sentimientos, mientras su corazon se conmueva al escuchar la narracion de los hechos gloriosos y patrióticos, esas lecciones de la antigüedad estimularán siempre á los hombres generosos y á los leales ciudadanos.

Era costumbre entre los griegos, que los padres de los mas valerosos pronunciasen la oracion fúnebre de las víctimas, triste deber que se confiaba á los hombres de Estado y á los mas elocuentes tribunos. Si un nuevo Demóstenes ó un segundo Pericles pudieran presentarse aquí en estos momentos para ocupar mi puesto, hallarian seguramente un tema digno de su elocuencia, y yo cederia gustoso mi lugar, pues no estoy aquí como orador, sino como antiguo general en jefe y afectuoso compañero de las víctimas de nuestras rudas batallas contra el extranjero y el enemigo interior, víctimas á quienes he tenido la suerte de sobrevivir. Dios sabe cuán profundo era el cariño que profesaba á esos queridos compañeros de armas, cuyos nombres vamos á inscribir en este momento, y cuyo elogio es digno de una elocuencia que estoy muy lejos de poseer.

Amigos míos: nos hemos reunido hoy para honrar á los muertos, á hermanos que estaban unidos con nosotros por los tiernos vín-

(*) Hemos creído oportuno insertar este discurso, no solo porque en él se hacen exactas apreciaciones respecto á la política de los Estados-Unidos, sino porque contiene datos generales y biográficos referentes al ejército regular.

culos de la amistad y del cariño, y que han sacrificado generosamente su vida en aras de su patriotismo durante esta guerra tan funesta como justa y legal, puesto que su único objeto es sofocar la rebelion y evitar las fatales consecuencias de un desmembramiento. Por esto sentimos nuestras almas dominadas por las mas nobles emociones que puede experimentar el hombre: debemos enorgullecernos por haber tenido en nuestro pais tan heróicos ciudadanos; estamos tristes porque han dejado de existir, y debemos rogar á Dios que nos permita imitar sus actos y morir con tanta gloria como ellos. Estamos reunidos aqui para consagrar un cenotafio que recuerde á nuestros mas lejanos descendientes los dias nefastos de esta funesta lucha.

El monumento que veis no está destinado sino á una parte de las víctimas de la desgraciada guerra que aflige á nuestro pais, es decir, á los oficiales y soldados del ejército regular, mas no se crea por esto que estemos animados de un espíritu esclusivista, pues nadie mejor que nosotros sabrá honrar la memoria de los bravos del ejército voluntario, que cayeron á nuestro lado en los campos de batalla. Á mí es á quien toca hablar de su abnegacion y de su heroismo ante la muerte, pues han estado mucho tiempo bajo mis órdenes, y al manifestar cuánto aprecio nos merecen nuestros hermanos los voluntarios, soy el eco de los sentimientos de que está inspirado el ejército regular. Por lo que hace á nosotros, somos poco numerosos; mas bien que como ejército se nos puede considerar como una sociedad de amigos, pero nos unen los lazos de la mas tierna amistad, contraidos unos desde la infancia, cuando jugábamos á la sombra de las colinas de granito, formados los otros en una edad mas madura, cuando recorriamos las ásperas montañas y los fértiles valles de

México, ó las inmensas llanuras del Oeste. Nuestra mútua confianza, nuestra sincera amistad, nació de haber corrido juntos los mismos peligros, de haber sufrido las mismas fatigas y privaciones, de haber pasado tantas noches juntos en medio de los campamentos, y seguramente que West Point podrá recordar todo esto á las futuras generaciones. Generales y soldados, todos los que están dispuestos á morir por la patria, se sentirán siempre poseidos del respeto mas profundo hácia ese monumento, y como aquellos cuya muerte se trata de conmemorar, marcharemos con serenidad al encuentro del enemigo, sin temor á esa hora suprema que acaso encontremos en el mismo campo del honor. Tales son los lazos que nos unen, lazos de fraternidad como compañeros de armas, los mas estrechos que pueden existir entre hombres, y por lo tanto, era natural que consagrásemos este monumento á los que nos han precedido por la senda del honor que hemos de seguir mas tarde ó mas temprano.

¿Qué es ese ejército regular al cual pertenecemos? ¿Quiénes son los hombres cuya muerte merecen estos funerales? ¿Cuál es la causa por que han dado su vida?

Nuestro ejército regular ó permanente es el centro donde se conservan en tiempo de paz las tradiciones militares del pais, asi como tambien la organizacion, la ciencia y la instruccion indispensables á los ejércitos modernos; el ejército es tan antiguo como la nacion, es del mismo origen, y solo ha experimentado algunos cambios desde que se formó. Los regimientos americanos combatieron en las orillas del San Lorenzo y del Ohio, en las márgenes del lago Ontario y del lago Jorge, en las islas de los caribes y de la América del Sur; en Louisburg, Quebec, Duquesne, Moro y Portobello demos-

traron su valor las tropas provinciales; y en esa escuela precisamente fué donde se formaron soldados como Washington, Putnam, Lee, Montgomery y Gates. Greene, Knox, Wayne y Steuben fueron los fundadores de nuestro ejército permanente, y sirviendo á sus órdenes, adquirieron nuestras tropas esa disciplina, esa firmeza merced á la que pudieron medirse con los veteranos de Inglaterra. El estudio de la historia de la revolucion, y sobre todo, las correspondencias de Washington, bastan para que reconozca el mas escéptico cuánta era la bravura de las tropas provinciales en la obra de la fundacion de nuestra Independencia y del edificio por cuya conservacion combatimos hoy.

En el año 1812 no estaba nuestro ejército bajo un pié de guerra á la altura de las circunstancias, pero se aumentó rápidamente, y esa nueva generacion de soldados no tardó en mostrarse digna de la alta mision que se le iba á confiar. En Chippewa, Queenstown, Plattsburg y Nueva-Orleans probaron su bravura nuestras tropas, pero luego vino un periodo de paz exterior que duró mas de treinta años, en cuyo tiempo se introdujeron varios cambios en la organizacion y la fuerza del ejército regular, á causa principalmente de las sangrientas guerras con los indios. Al combatir con las tribus del *Halcon Negro*, nuestras valerosas tropas tuvieron que luchar con un enemigo mucho mas terrible aun, que era el cólera, y los Seminolas, protegidos por sus pantanos pestilentes, desafiaron nuestros esfuerzos durante algunos años, dando esto lugar á que se presenciaran rasgos de heroismo que recuerda con orgullo nuestra historia.

La guerra con México vino á reemplazar despues á los combates contra los indios y al monótono servicio de las fronteras: por la primera vez al cabo de muchos años, el ejér-

cito regular se concentró en masa para tomar una parte muy principal en las batallas de aquella importante y obstinada lucha; en Palo Alto, Resaca, y en el fuerte Brown, solo á él se debió la victoria, y las batallas de Monterey, Buenavista, Veracruz y Cerro Gordo, asi como en los demás encuentros, nadie podrá afirmar que se hubieran ganado sin el auxilio de las tropas regulares. Cuando la paz coronó nuestros triunfos en la capital del imperio de los Motezumas, el ejército se dispersó á lo largo de las inmensas fronteras, y tomó parte en una guerra tan penosa como mortífera contra los indios de las llanuras.

Trascurrieron trece años, estalló la guerra que hoy nos aflige, y el grueso del ejército fué llamado desde luego para combatir al enemigo interior, pero antes de hablaros sobre los acontecimientos actuales, no puedo menos de recordar los nombres de los bravos que por tanto tiempo fueron nuestros compañeros y que hoy ya no existen; los Taylor, los Worth, los Brady y los Brooks han dejado entre nosotros un recuerdo imperecedero.

Hay en la historia de Venecia un triste episodio que nos ha cantado la lira del poeta y reproducido el lienzo del pintor: un anciano, que habia servido celosamente durante muchos años á su pais como magistrado y como guerrero, llegó al fin á ser Dux de Venecia, y convicto de traicion poco despues, no solo sufrió la pena de muerte, sino tambien otra que iba á durar mucho tiempo. El hueco donde debia colocarse su retrato en la galería de los Dux, se cubrió con una gasa negra, y esta gasa es la que hoy llama mas la atencion de los que van á visitar el palacio. ¡Oh! pluguiera al cielo que un negro crespon, como el que cubre el retrato de Marino Faliero hoy dia, pudiese ocultar á la

historia el nombre de aquellos que, compañeros nuestros en otro tiempo, empuñan ahora las armas para desgarrar la bandera bajo la cual habíamos combatido juntos por espacio de tantos años! Pero por denso que sea ese velo, no podrá ocultar la agonía que oprime nuestros corazones, cuando al pensar en el pasado recordemos que es preciso luchar á muerte contra los hombres que nos inspiraban el mas profundo afecto. ¿Por qué ese valor y perseverancia no han de utilizarse para combatir al extranjero, mas bien que para esta rebelion injustificable que no podria prolongarse tanto tiempo sin el talento y energía de nuestros antiguos compañeros de armas?

No me detendré en este punto: hoy debemos regocijarnos al ver terminado un grande y noble monumento que recordará nuestro glorioso pasado, honrando la memoria de nuestros compañeros y amigos. Podemos enorgullecernos al saber que estamos presididos por el héroe que aseguró la victoria en las orillas del Niágara, por aquel que, aunque general consumado, preferia siempre el olivo de paz á los sangrientos laureles de la victoria cuando esto era compatible con el honor y el deber; contra aquel, en fin, que despues de una gloriosa carrera, supo rechazar los ataques de la traicion, manteniéndose firme como una roca de granito, contra la cual van á estrellarse las tempestades del mar. En las edades futuras, cuando este monumento no sea mas que una ruina, y cuando los nombres inscritos solo recuerden antiguas leyendas, el nombre de Winfield Scott vivirá aun en la memoria de todos, como los grabados esculpidos en el monumento de los Faraones, olvidados tanto tiempo hace.

Pero hablemos del presente: durante la guerra que conmueve hoy á la nacion hasta en sus últimos cimientos, el ejército regular

ha figurado honrosamente en todas las ocasiones; muy poco numeroso para obrar por sí solo, ha tomado parte en todas las grandes batallas; sus inmensas pérdidas prueban que siempre estuvo en lo mas recio del combate, y los informes de sus jefes demuestran que ha sabido conservarse á gran altura. Mas de una victoria hemos alcanzado por sus brillantes cargas, y en la derrota, no pocas veces se ha salvado el ejército de la destruccion. Nuestras tropas pueden enorgullecerse de haber tomado parte en las batallas de México, así como en las de Manassas, Gaines Mill, Antietam, Shiloh y Gettysburg, y no les cabe menos gloria á los oficiales que murieron como héroes defendiendo la causa de su pais. Los que aun viven son demasiado numerosos para que yo los nombre aquí, pues sentiria olvidar á uno solo, pero el mas hermoso episodio de la historia del ejército regular, es el ejemplo de fidelidad que dieron los soldados, cogidos á traicion en Texas y que prefirieron sufrir toda clase de privaciones y penalidades antes que violar su juramento y abandonar su bandera. La historia no ofrece un ejemplo de abnegacion mas generosa que el que dieron esos bravos al negarse á seguir á sus antiguos oficiales, que se pasaban al enemigo.

Tales el ejército regular, tales sus hechos, tales sus jefes y soldados! No es necesario hacer aquí su elogio: recorred los campos de batalla regados con su sangre, id á las heladas orillas del San Lorenzo, visitad las márgenes del Atlántico y del Pacífico, que allí encontrareis algun recuerdo mucho mas elocuente que cuanto yo pudiera decirlos.

¿Por qué estamos reunidos hoy aquí? ¿No es para asistir á los funerales de uno de esos bravos? ¿No es para llorar sobre la pérdida de una de nuestras batallas? No; es para celebrar las exequias de los mas valerosos y no-

bles de nuestros conciudadanos, muertos en encarnizados combates, algunos de los cuales fueron de los mas sangrientos que recuerda la historia de las guerras. Esos héroes, cuyos nombres queremos inscribir, perpetuando su memoria, combatieron allí donde la rebelion armada asomó su hedionda cabeza, en el centro de Nueva-México, en el gran valle del Mississippi, en las llanuras de Kentucky, en las montañas del Tennessee, en medio de los pantanos de la Carolina, en las fértiles campiñas de Maryland y en los espesos bosques de Virginia; eran de todas edades, de todos grados y de todas condiciones; no es necesario, ni seria tampoco posible, formar aquí esa interminable lista mortuoria; hablaré solo de algunas de las víctimas, bien dignas de representar á las demás.

Entre los primeros en fama y nombradía, veo al héroe de veinte batallas, á Juan Sedgwick, amable y dulce como una mujer, bravo como un leon, siempre honrado, sincero y haciéndose digno del elogio de todos; fué un modelo que todos deberian imitar, y al que seguramente podrán igualarse muy pocos. En las rudas batallas que precedieron á su muerte, tuvo ocasion de dar á conocer repetidas veces sus cualidades de gran general y valeroso militar; despues de haberse escapado milagrosamente de la muerte en tantos encuentros, sucumbió al fin cuando menos lucha habia, herido por la bala de uno de los tiradores enemigos, pero murió como un héroe, con la confianza en el corazon y la sonrisa en los labios. ¡Ah! en nuestra gran nacion no hay muchos que se asemejen á Juan Sedgwick! Como él tambien, y cuando marchaba á la cabeza de su cuerpo de ejército, nos fué arrebatado el venerable Mansfield, que siempre se habia distinguido entre los demás por su destreza y sangre

fria, sobre todo en el fuerte Brown, en Monterey y en Buenavista. Reynolds y Reno, ambos jóvenes y vigorosos, que se hicieron notar en México por su temerario arrojo, y últimamente en nuestra guerra civil, eran otros dos bravos oficiales, de quienes la patria esperaba mucho, pero que Dios ha querido llamar á sí!

El general Lyon, que se hallaba en la flor de su edad, cayó tambien para no volverse á levantar, cuando marchaba al encuentro del enemigo con su reducido ejército; durante su vida dió repetidas pruebas de su valor y patriotismo.

El impetuoso Kearny y otros generales como Richardson, Williams, Terril, Stevens, Weed, Saunders, Strong y Hayes terminaron su existencia despues de una brillante carrera, en la cual se distinguieron por sus hechos de armas; el jóven Bayardo, así como el Caballero *sin miedo y sin tacha*, tuvo la desgracia de morir en la flor de su edad. Sin embargo, en ningun regimiento hubo jefes mas bravos y mas heróicos que Russell, Davis, Gorre, Simons, Bailey, Putnam y Kingsbury, los cuales cayeron en el campo de batalla; eran los unos veteranos y los otros muy jóvenes en el servicio, mas no por esto dejó de ser su muerte menos sentida.

En el cuerpo de artillería tambien se cuentan numerosas víctimas: el comandante Gibbs fué el primero que pagó su tributo; Benson, Haggard y otros jóvenes, tales como Kirby y Cushing, perdieron la vida en el combate, y la misma suerte sufrieron los bravos Wagner y Cross, jefes del cuerpo de ingenieros.

Despues de consagrar un recuerdo á todos esos ilustres jefes, no debemos echar en olvido á los veteranos subalternos, compañeros de Scott en México, y que tomaron parte en cien combates contra los indios del Oeste ó de la Florida, veteranos que no te-